

Pino Ojeda, *Obra poética*, edición de Blanca Hernández Quintana, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria, 2016, 243 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.XLVIII-LII>

A finales de 2005 el Gobierno de Canarias decide declarar el día 21 de febrero como «Día de las Letras Canarias». En el marco de la literatura, ciencia y, en general, cultura de Canarias, esta fecha es muy significativa, pues el 21 de febrero de 1813 fallecía el sacerdote nacido en el municipio de Los Realejos (norte de la isla de Tenerife) José Viera y Clavijo, políglota, historiador —labor en la que sobresale su *Historia General de las Islas Canarias*—, estudioso del patrimonio natural insular —marco en el que descuella su obra de referencia *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*—, y fecundo hombre de letras, con obras como *Los meses* (poesía) o *Vida del Noticioso Jorge Sargo* (novela). En 2018 la figura homenajeada ha sido la escritora y artista plástica grancanaria Pino Ojeda Quevedo (1916-2002), de la que con motivo del centenario de su nacimiento el Cabildo Insular de Gran Canaria ha publicado una *antología*, titulada *Obra poética*, cuya edición ha estado a cargo Blanca Hernández Quintana, profesora e investigadora que revela, una vez más, su aquilatado conocimiento de la literatura escrita por mujeres en Canarias; no en balde su trabajo de tesis doctoral, defendido en la Universidad Complutense de Madrid en 2002, versó sobre una imprescindible parcela de la literatura insular. Este trabajo llevó por título *Escritoras Canarias del Siglo XX*, y consistió en la realización de un diccionario de escritoras canarias del pasado siglo, dedicando un capítulo al estudio de la obra de siete de ellas.

Y decimos «una vez más» porque la bibliografía de la profesora Hernández Quintana sobre este campo manifiesta, realmente, una coherencia y consistencia críticas de notable calado. Buena muestra de ellas son, por un lado, los libros *Escritoras Canarias del Siglo XX*, realizado a partir del trabajo de posgrado citado (Cabildo de Gran Canaria, 2003), *Diccionario de escritoras canarias del Siglo XX* (Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008) y, por otro, las antologías de conjunto que ha preparado y que conforman la mejor ilustración textual tanto de la labor femenina en el marco de la escritura insular como, claro está, del quehacer crítico de esta investigadora; en este sentido, destacamos las tituladas *Lunas de la voz ausente: antología de escritoras canarias de la primera*

mitad del siglo XX (Tenerife, Baile del Sol, 2003) y *Desde su ventana. Antología de escritoras canarias del siglo XX* (Madrid, La Palma-Instituto Canario de la Mujer, 2004). Además, junto a la edición de la obra antológica que aquí reseñamos, ha realizado otra antología de textos de Josefina de la Torre (*Poemas. Josefina de la Torre*, Santa Cruz de Tenerife, Interseptem, 2004), publicaciones a las que hay que agregar diferentes artículos y ponencias con los que, también, ha abordado la literatura canaria escrita por mujeres.

En el caso que aquí nos ocupa, como hemos ya mencionado, el Cabildo de Gran Canaria, cuya labor editorial en el terreno que tratamos —la literatura de Canarias— es realmente digna de consideración, ha editado este merecido homenaje a una autora que, en su tiempo, abanderó junto a otras mujeres, como su amiga —y también poeta— Chona Madera (a quien dedica el poema «[Noche...]», de *Niebla de sueño*), el camino de la lucha constructiva por valores universales como la igualdad y el trascendente alcance de la creación artística femenina. Pino Ojeda inicia su labor literaria y artística tras la Guerra Civil, publicando en revistas de los años cuarenta y cincuenta, como *Mensaje* (1945-1946), *Mujeres en la isla* (1954-1964) o *Gánigo* (1953-1969); precisamente en este ámbito de las publicaciones periódicas de carácter literario, alumbró y dirige la revista *Alisio: hojas de poesía* (1952-1955).

Esta edición, cuya finalidad es la de descubrir a un público amplio la *palabra de mujer* de Pino Ojeda, cuenta con una introducción a la que le sucede un representativo conjunto de textos de sus principales libros poéticos: *Niebla de sueño* (1947), *Como el fruto en el árbol* (1954), *La piedra sobre la colina* (1964), *El alba en la espalda* (1987), *El salmo del rocío* (1993) y, por último, *Árbol del espacio* (2007), publicado póstumamente. Puede observarse con claridad que con esta edición se persigue la búsqueda de nuevos lectores, a la par que es planteada por su editora con una inestimable amplitud de miras para, precisamente, introducir al lector no especializado en la poesía de la autora. El estudio está bien concebido, alejándose del acotado campo de la erudición literaria para abrir sendas de lectura no solo de la autora, sino también de otras escritoras coetáneas de Pino Ojeda que, en momentos difíciles para la creación artística, se atrevieron a *decir* desde el lado femenino con plena libertad.

Los elementos que, según nuestro parecer, fundan en cierta manera esta *holgura* en cuanto al planteamiento de esta edición tienen buena muestra en la introducción: Hernández Quintana reconoce en ella que «el

objetivo de esta edición es visibilizar y difundir la poesía de una escritora canaria que, contra todo pronóstico, supo vivir haciendo lo que más le gusta: escribir y pintar» (11). Y es que se presenta a Pino Ojeda como lo que realmente fue —y de ahí su ejemplo—: una mujer moderna, que supo ver más allá de los estrechos prismas de su tiempo, y que solo estuvo subordinada a sus ansias y deseos por manifestar su creatividad en distintos planos artísticos. Esta búsqueda de libertad —y la interdisciplinariedad que practica es, qué duda cabe, buena prueba de ello— tiene su punto de partida en la *mirada interior*: la literatura es el camino para vencer el silencio escribiendo al amor, a los sueños, creando un peculiar y personal mundo simbólico. La literatura es y forma parte de su vida: como la pintura o la cerámica, es la herramienta para construir, desde su subjetividad, la personal relación con su experiencia y su entorno, y así lo reconoce Hernández Quintana, para quien Ojeda «concibe la poesía como un camino de exploración personal y desarrolla una obra de corte intimista» (13).

Tomando como referencia estas coordenadas, en su primer libro ese camino introspectivo toma el amor como referencia primera, un amor concreto, el de su esposo fallecido durante la guerra, en poemas de factura clásica en muchos casos. Amar es, en *Niebla de sueño*, vencer, enfrentarse a la muerte y asirse a la vida («Y aunque acaso se borre como niebla, / porque es cosa sin ser y vano sueño, / mi tristeza de hoy de vida puebla, / y deshace el morir que llevo dentro. / Porque morir es este estar viviendo / sin ser nada, sino un amor ya muerto», 33); junto al amor, el arte en su más amplia expresión es otra vía de escape, como lo confirman los poemas dedicados a pintores o músicos (Juan Ismael, Luis Galve, Pedro Borrell).

En su segundo poemario cierto hálito espiritual otorga trascendencia a todo el orbe material que la circunda, que es sublimado, hecho materia poética en un lenguaje que está más elaborado, lleno de alusiones y al servicio de sus sueños («Te busqué por los sueños: / por los sueños, tú me estabas esperando», 104); así, también, se plantea líricamente el conjunto de poemas dedicados al motivo de la luna, el dedicado al alba, la tristeza, el deseo, la mirada y, especialmente, el titulado «Si pudiera darle forma». En algunos ejemplos poéticos el verso *desborda* el ancho de la página, y el poema se dilata como acto reflexivo, como en los titulados «Corazón solo», dedicado a su madre, «Si las cosas hablaran» o, entre otros, «Sueños sin alas».

Con su tercer viraje poético, *La piedra sobre la colina*, consigue el premio de poesía «Tomás Morales»; su lengua poética se presenta ahora con mayor madurez, en poemas de corte realista, de tintes coloquiales e

intimistas. La piedra es, precisamente, un elemento natural que simboliza lo no sometido al cambio, lo que otorga una suerte de certeza propia de lo indestructible («Los citó la misma piedra», 134), pues es alma y materia. Ciertamente, el lenguaje cobra nuevos bríos, en cuanto a su decidida orientación simbólica.

De título *juanramoniano* es *El alba en la espalda*, libro poético en el que el tiempo, la plenitud de la vida, quedan atrás en poemas que son buenos ejemplos de la madurez creativa de la autora para recordar con serenidad, de manera reflexiva. La palabra poética es frontera metafísica que une sueño y realidad, ilusión y experiencia, apreciando en esa relación toda su trascendencia personal («Lo inconcreto, lo inmaterial, / desde el alba primerísima / desde la incierta claridad / cómo me envuelve», 157). Los poemas no están numerados, y da la sensación de que todo el libro es una vasta composición que, a cada paso, a cada verso, despierta hechos del pasado al calor de los recuerdos, forma de dominio («Dueña de un mundo iluminado / nacido de los sueños / soy como un horizonte / más allá de los tiempos»).

Esta *forma literaria de caminar* desemboca en el misticismo de *El salmo del rocío*, donde Dios es la luz que ha guiado sus pasos por la vida y la literatura, luz de toda búsqueda, razón de vivir. La retórica cede paso a una luz negra pura, un verbo que expresa con naturalidad la esencia de todo lo que ha sido, lo que la rodea y le da y ha dado vida. Sobresale, como si fuesen fugaces pestaños, el empleo del verso breve —a veces una sola palabra—, lo que denota el papel protagónico de la mirada que escruta el tiempo ya ido, que modula una forma de ser («Me estás haciendo de barro, / dándole forma / exacta / a todas tus miradas. / Formando / esta larga columna / de palabras / que de mis ojos vuelan / a tus manos de aire», 189).

De este modo desembocamos en *Árbol del espacio*, obra póstuma que, a modo de diario personalísimo, es un postrero recorrido por toda su vida y en la que reconoce que ya se ha dado por descubierta: ha iluminado todos los rincones de su espacio interior, ha volcado su intimidad en el latido justo de cada palabra. Destaca sobremanera el corte narrativo de sus versos, blancos, muy cercanos a la prosa («Y así fue el comienzo. Nada importante / para nadie, ni para mí misma. Era / como un gajo más del árbol. Un brote / previsto y esperado. Como un cielo», 220).

A la luz de tan apasionante recorrido por la palabra poética de Pino Ojeda, consideramos que esta edición es el justo y necesario reconocimiento de una autora que supo trascender con su actitud y su obra artística los horizontes establecidos en su época. En este sentido, hay que

congratularse, pues, tanto por esta edición que redescubre la singular voz de Pino Ojeda, como por el hecho de que haya sido la protagonista del día de las Letras Canarias en 2018.

JOSÉ MANUEL MARTÍN FUMERO
CEAD de Santa Cruz de Tenerife «Mercedes Pinto»
jmarfum@gobiernodecanarias.org